

EL CONCIERTO



EL CONCIERTO

Stefano Russomanno

Fórcola/Ficciones

Directores de la colección:

Amelia Pérez de Villar y Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: El pianista italiano Arturo Benedetti
Michelangeli con su afinador de pianos Ettore Tallone,
26 de junio de 1959. © Erich Auerbach / Getty Images

© Stefano Russomanno, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-31078-2018

ISBN: 978-84-17425-22-7

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

A mis padres

«La música es una extranjera en nuestro mundo, una intrusa. Sus condiciones de vida son tan distintas de las nuestras que cualquier convivencia *natural* con ella es imposible; salvo por una completa renuncia a nosotros mismos, por una rendición incondicional.»

ALBERTO SAVINIO

1

LLEGUÉ A LISBOA el último día de agosto. El vuelo me había reservado algún que otro susto. «Las primeras tormentas del final de verano», se había apresurado a comunicar el comandante en cuanto empezaron las turbulencias. Tanta solicitud debía de ser fruto de la experiencia, porque las sacudidas fueron a más. Debajo de nosotros, a poca distancia, se divisaba un largo y amenazador manto de nubes negras cuyos efectos se transmitían de manera invisible al avión donde viajábamos. Fueron tan sólo quince minutos, pero se me hicieron más largos que el resto del trayecto. Cuando aterrizamos en Lisboa, las nubes habían cobrado un cariz más dócil. Su espesa negrura había desteñido en un blanco de reflejos inciertos, entre grises y rosáceos. Sus formas también parecían haberse domesticado: desde el caos amorfo de media hora antes habían evolucionado hacia perfiles suaves y formas recortadas que evocaban figuras familiares aunque indefinidas.

Ahora me sentía más tranquilo, no sé si por efecto de haber tocado suelo o por el hecho de encontrarme en Lisboa, una ciudad que no visitaba desde hacía tiempo pero que asociaba con recuerdos sosegados, de metrópolis todavía inmune a los ritmos frenéticos de la actualidad. De todos modos, iba a quedarme allí una sola noche. Había alquilado una habitación de hotel cerca del puerto, un alojamiento sencillo y barato, elegido por una simple cuestión de comodidad. A la mañana siguiente tenía que levantarme a primera hora y presentarme en el muelle principal antes de las nueve.

Tras dejar las maletas, di un breve paseo. Los restaurantes de los alrededores no me convencieron. Algunas cartas no me gustaban, otras eran sospechosamente baratas y los locales semivacíos no hacían sino acrecentar mis dudas. Al final decidí cenar en el hotel. Cuando subí a la habitación, eran todavía las diez. Ya sabía lo que me esperaba: unas cuantas horas de dar vueltas en la cama intentando dormirme. Me costaba mucho conciliar el sueño fuera de casa, así que saqué de la maleta el folleto publicitario del crucero. Repasé las escasas informaciones que aparecían en las páginas. Me las sabía de memoria, pero era una manera de matar el tiempo. En primer lugar, el trayecto. Desde Lisboa cruzaríamos el estrecho de Gibraltar y nos adentraríamos en el Mediterráneo. Tras bordear España y Francia, nuestro barco apuntaría hacia Sicilia atravesando el mar Tirreno y de ahí alcanzaría la isla griega de Cefalonia. Luego subiría por el Adriático del lado de Yugoslavia hasta llegar al destino final, Venecia. En total, serían casi dos semanas de navegación.

Mientras leía el folleto, se apoderaba de mí una sensación de irrealidad, como si no fuera yo la persona que se preparaba para emprender aquel viaje. Nunca había hecho con anterioridad un crucero, y no por falta de medios u oportunidades. Siempre fui persona de tierra firme, de desplazamientos en coche o en tren, de compañías reducidas, de lugares solitarios o poco frecuentados. La idea de compartir un espacio atestado de gente y cercado por el mar, sin opción alguna de escape, ejercía sobre mí un fuerte poder disuasorio. Tampoco había conseguido convencer a nadie para que se sumara a mi iniciativa. Los amigos que en un primer momento mostraron interés por el viaje, al final se habían escabullido todos con alguna excusa. Otro inconveniente era el violín. Durante dos semanas habría tenido que renunciar a tocarlo, pues veía muy complicado hacerlo

en el crucero, aunque fuese en mi camarote, sin levantar las quejas de algún pasajero. Lo dejé en manos de un lutier de confianza. Ahora que lo pensaba, en los últimos veinte años no había estado más de tres días seguidos sin tocar el violín.

Repasé una y otra vez el folleto. Las fotos, atractivas y prometedoras, ocupaban mucho más espacio que los escuetos textos, como una mujer que tratara de fascinar más con su belleza que con sus temas de conversación. El barco era desde luego espectacular, imponente. Se trataba nada menos que del *Renaissance*, una de las embarcaciones más exclusivas de entre las que cruzaban el Mediterráneo. Las imágenes desplegaban ante mí una panoplia de actividades y entretenimientos: cocina refinada, piscinas, gimnasios, *spas*, tiendas, terrazas, pistas de baile, un cine y hasta un casino. En la página 3, es decir, en el último lugar de las propuestas consideradas más atractivas, estaba la razón de mi presencia allí. Previo pago de un suplemento (utilizo un eufemismo, pues el desembolso equivalía a casi un mes de mi sueldo), se podía asistir a un concierto de Arturo Benedetti Michelangeli, uno de los más grandes pianistas en activo.

Recuerdo que, cuando un amigo me comentó la noticia, pensé que se trataba de una broma. Que Benedetti Michelangeli estuviese dispuesto a tocar en un crucero me resultaba algo increíble. Ni el ambiente, ni el público ni la circunstancia encajaban con sus exigencias a la hora de tocar. Su enfermizo afán de perfeccionismo no tenía límites, era una pesadilla para los promotores musicales. Si nunca estaba satisfecho con los mejores auditorios ni con los mejores instrumentos (lo que desembocaba frecuentemente en cancelaciones de última hora), ¿cómo podía haberse planteado siquiera la posibilidad de dar un concierto en un crucero? La información de mi amigo sonaba a inocentada.

A lo mejor quería comprobar hasta dónde llegaba mi credulidad o mi idolatría hacia Benedetti Michelangeli, un músico por el que siempre había profesado una auténtica veneración.

Al final, la curiosidad pudo con mis reticencias. Si de verdad Benedetti Michelangeli iba a ofrecer un recital en un crucero, sería un acontecimiento único en su carrera. Por nada del mundo querría perdermelo. Fui a preguntar a una agencia de viajes. Para mi gran sorpresa, lo que me habían contado era cierto. La empleada de la agencia me desgarró los pormenores de la oferta mientras yo escuchaba cada vez más atónito sus palabras. La realidad superaba con creces mi imaginación. La publicidad del crucero hablaba de una actuación de Benedetti Michelangeli junto a un trío de cuerda. Que yo supiese, era la primera vez que el pianista participaba en un concierto de cámara. Nunca lo había hecho antes. Era una de sus tantas rarezas. Ahora bien, una excepción tan flagrante en su ideario –un concierto de cámara ¡y en un crucero!– me resultaba inexplicable. Le pedí a la chica el folleto o un testimonio cualquiera en donde constase, negro sobre blanco, lo que acababa de decirme. Necesitaba una prueba de que no lo había soñado.

El timbrado del teléfono me devolvió a la realidad. Había pedido en recepción que me despertasen pronto para prepararme con calma, pero llevaba desvelado no sé cuánto tiempo. Había estado tan absorto en mis pensamientos que ni siquiera tenía conciencia de si me había dormido en algún momento. Por suerte, no me sentía cansado. No tuve dificultad en encontrar el muelle donde estaba atracado el *Renaissance*. Su silueta se levantaba majestuosa muy por encima de los otros barcos. Con sus 150 metros de eslora, era la joya de los cruceros Paquet. Contaba con más de

doscientos camarotes y podía transportar a casi quinientos pasajeros, sin contar a los miembros de la tripulación, que rebasaban los dos centenares. Contemplado desde cerca, tenía la apariencia de un castillo flotante. Era de un blanco uniforme y el sol matutino le otorgaba una luminosidad cegadora. El barco nos mostraba su lado de estribor. Las paredes del casco se levantaban compactas y se prolongaban casi sin solución de continuidad otros dos pisos más. Cuatro enormes botes salvavidas parecían ejercer de silenciosos centinelas. La chimenea elevaba la silueta del barco hasta el cielo. Incluso en mí, que no soy un apasionado de los barcos, el *Renaissance* despertó un sentimiento de reverencia. A su lado, los turistas que nos preparábamos para embarcar parecíamos hormigas.

Había llegado con tiempo, por lo que decidí desayunar en un bar próximo. Las nubes del día anterior se habían despejado por completo y habían dejado paso a un sol incipiente. La jornada se anunciaba espléndida. Una bandada de pájaros cruzó el cielo de izquierda a derecha. Lo interpreté como una señal de buen augurio. Desde el bar podía observar el vaivén de turistas que subían al barco. Era un variopinto desfile de camisas coloreadas, sombreros, maletas, caras alegres e ilusionadas, sobre todo las de los niños y las parejas jóvenes. Me pregunté cuántas de aquellas personas se habían apuntado al crucero por la misma razón que yo. Inconscientemente, buscaba a alguien con un perfil similar al mío: persona soltera, treinta y cinco años, a ser posible con intereses musicales. Los probables candidatos me parecían escasos, pero me lo pasaba bien tratando de reconstruir el carácter y los gustos de los pasajeros a través de su fisonomía y sus gestos.

Mis observaciones no eran del todo desinteresadas. Esperaba, no lo escondo, divisar entre la gente a Benedetti Michelangeli, aunque ni siquiera tenía la seguridad de que

fuese a embarcar en Lisboa. Podría hacerlo más adelante, en otra escala: en Francia o en Italia. El folleto no especificaba la fecha del concierto. Por otra parte, resultaba improbable que alguien como él, tan poco proclive al contacto con extraños, se mezclase con la baraúnda de pasajeros que se agolpaba en el muelle. Si el pianista había decidido sumarse al crucero desde el principio, era previsible que le hubiesen habilitado otro acceso o que hubiese subido con antelación.

Mientras contemplaba el flujo de los turistas, de repente pensé que ella también podía estar allí. No sé cómo se me ocurrió. Hacía un año que no la veía; habría sido una coincidencia bien singular que nos hubiésemos apuntado al mismo viaje. Hasta donde sabía, los cruceros no le gustaban; pero lo mismo podría haber dicho ella de mí. Era una posibilidad tan remota que me extrañó el simple hecho de haber reparado en ello. Aunque era cierto que también le gustaba la música y que no sería la primera vez que coincidíamos en los sitios más inesperados. Llevaba ocurriendo desde hacía tanto tiempo... La sirena del *Renaissance* puso punto final a mis reflexiones. Cogí la maleta. Tenía que darme prisa. Ya era hora de embarcar, y aún no había visto a Benedetti Michelangeli.